

es del Observatorio / Observatorio's Reports  
**Informes del Observatorio / Observatorio's Reports**  
es del Observatorio / Observatorio's Reports  
nformes del Observatorio / Observatorio's Re  
es del Observatorio / **Observatorio's Reports**  
Informes del Observatorio / Observatorio's F  
es de Observatorio / Observatorio's Reports  
Informes del Observatorio / Observatorio's F



ISSN 2372-840X (online)

001-05/2014SP

# Lengua y literatura en los Estados Unidos: tres momentos estelares

Luis Fernández Cifuentes

1

Tema: Relaciones académicas entre España y los Estados Unidos

Resumen: Las relaciones académicas constituyen un capítulo especialmente significativo en las relaciones modernas entre España y los Estados Unidos. Este informe ilustra el modo en que se produjeron esas relaciones desde el siglo XIX mediante la presentación de tres situaciones de especial significación en la Universidad de Harvard.

Palabras clave: Universidad de Harvard, hispanismo, literatura española, Estados Unidos

En la historia de las relaciones modernas entre España y los Estados Unidos hay un capítulo especialmente significativo por lo que tiene de sintomático: me refiero al capítulo de las relaciones académicas; es decir, a la presencia de España—su cultura en general, su literatura en particular—en los programas de estudio de las universidades norteamericanas. Lo considero

sintomático porque no puede historiarse por separado: lo que ocurre en las universidades es el resultado o la proyección inmediata de fenómenos económicos, políticos y sociales que ocurren muy lejos del campus. Al mismo tiempo, se trata de una historia que, curiosamente, siempre tiene más que ver con Hispanoamérica que con España.

Creo que, en este caso, la mejor manera de resumir ese capítulo de relaciones académicas y fenómenos que las determinan es detenerse en sus tres momentos estelares. El primero tiene lugar en torno a 1815-1816. Abiel Smith, un ex alumno de Harvard que se había hecho muy rico con negocios de textiles, deja al morir una cantidad entonces exorbitante, 20.000 dólares, para dotar una “Cátedra de Lengua y Cultura Francesa y Española” en su alma mater. Es la primera en el país. En 1816 tomará posesión de la Cátedra Smith un conocido gentleman de la clase alta de Boston, George Ticknor. El acontecimiento plantea una serie de preguntas que ponen de manifiesto su larga proyección histórica. Por ejemplo: ¿por qué semejante dotación en semejante momento? Abiel Smith era un astuto hombre de negocios que, como tantos otros en los Estados Unidos, percibió enseguida que la independencia de las colonias de Sudamérica abría una serie de nuevos mercados al comercio norteamericano. En 1926, el padre de Longfellow resumía así la coyuntura en una carta a su hijo, que se preparaba ya para ser el sucesor de Ticknor en la cátedra Smith: “las relaciones que ahora existen entre este país y la América española son tales que el conocimiento del español es tan importante como el del francés. Si descuidas cualquiera de estas dos lenguas puedes estar seguro de que no conseguirás el tipo de destino que tienes en mente”. Años más tarde, James R. Lowell, el tercer titular de la cátedra Smith, declararía sin ambages: “Cuando al fin se estableció una cátedra de francés y de español, se hizo menos en función de la cultura que en función del comercio.”

Pero estas previsibles explicaciones no llegan a despejar dos de las incógnitas de ese extraño momento fundacional. Por una parte, la presunta

simbiosis de lo francés y lo español en una sola cátedra y un solo catedrático: ¿dominaba una cultura sobre la otra o se mantenían en razonable equilibrio? Por otra parte, la aparente falta de una distinción entre lo español y lo hispanoamericano: ¿interesaba exclusivamente la América española o tenía la Península algún papel en el nuevo proyecto académico? Resulta que, en ese contexto histórico, Francia representaba todavía la cultura *par excellence* (y concretamente la cultura de la ilustración que habían absorbido y preconizado personalidades tan decisivas como Benjamin Franklin y Thomas Jefferson), pero, inesperadamente, lo que distinguirá a Ticknor y lo que dará el tono a la cátedra Smith desde el primer momento, no será su interés por lo francés sino su dedicación prioritaria a lo español. Como es sabido, las clases de literatura de Ticknor desembocaron en la publicación de una historia monumental de la literatura española en tres grandes volúmenes, aparecida en 1849. Nada de semejante envergadura sobre Francia. Ahora bien, ¿Ticknor historia sólo la literatura española o también la hispanoamericana? La cátedra Smith había sido creada por el interés que despertaba América Latina, pero los sucesivos titulares de la cátedra entendieron que su preparación, tanto en lengua como en cultura, debía llevarse a cabo en España y no en Latinoamérica. Cuando a Ticknor le ofrecieron la cátedra, se trasladó inmediatamente a la Península y pasó dos años en el país mejorando su dominio de la lengua y coleccionando y leyendo la enorme cantidad de libros que utilizaría luego en su cátedra y en su famosa historia de la literatura española. Longfellow recibió en París la carta de su padre y acto seguido emprendió un largo viaje a España. Lowell acabó de embajador en Madrid ¿Por qué? Edith Hellman opina que en aquel momento no se distinguía claramente entre la cultura española y las de América Latina, mientras la lengua se aprendía sobre todo en las obras de los clásicos españoles. En 1916, Federico de Onís ofreció una respuesta algo más convincente: la literatura hispanoamericana resultaba demasiado nueva en un momento en que los estudios literarios valoraban mucho más a los clásicos consagrados; más aún,

3

esa literatura era “americana”, cuando los monumentos culturales de prestigio se presumían generalmente europeos. Además, como escribió Edward Hale en 1926 (pensando tal vez en Washington Irvin), “en América, durante el siglo XIX, el país romántico por excelencia era España”, incluso si no se le concedía tan rotundamente la preeminencia cultural de otros países europeos. En todo caso, el hecho es que durante los próximos cien años no apareció en Estados Unidos ninguna historia de la literatura hispanoamericana, pero se multiplicaron las historias de la literatura española, casi todas herederas de la de Ticknor. En ninguna de ellas se mencionaban más que dos o, como mucho tres, escritores sudamericanos—el Inca Garcilaso, Sor Juana Inés de la Cruz y, en el mejor de los casos, Andrés Bello—y los tres aparecían en segunda o tercera fila, como meros epígonos de los españoles. Ticknor, por ejemplo, escribió que el Inca Garcilaso (hijo de español e inca) “era un espíritu amable y confiado pero no muy sabio [...], revelando así la naturaleza más débil de su madre”; en cuanto a Sor Juana Inés, le parecía “una mujer notable, pero no una notable poeta.”

4

La vigencia de las culturas de lengua española en la universidad norteamericana continúa de este tenor hasta que conoce un nuevo momento estelar, con un giro significativo. Ocurre en la primera semana de agosto de 1914. Lo propician, por una parte, la inauguración del Canal de Panamá el día 5 y, por otra, las declaraciones alemanas de guerra (de lo que se llamaría la primera guerra mundial) entre el día 1 y el 4. Otro ex alumno de Harvard, Alfred Coster—que dos años después publicaría la primera Historia de la Literatura Hispanoamericana aparecida en los Estados Unidos—escribió por entonces: “la construcción del Canal de Panamá ha dirigido nuestra atención hacia el Sur. Hemos descubierto que esas vastas regiones ignotas están habitadas por seres humanos que merecen ser mejor conocidos, aunque su carácter difiera ampliamente del nuestro”. Al mismo tiempo, la invasión de Bélgica por las tropas alemanas (precisamente la víspera de la inauguración del Canal), consiguió que,

en el nuevo año académico, se despoblaron casi por completo los muy nutridos cursos de alemán que ofrecían las universidades e institutos de Estados Unidos. La gran mayoría de esa enorme población estudiantil optó entonces por el español, sobre todo cuando se dio cuenta de que las relaciones comerciales entre Europa y los Estados Unidos se habían paralizado, mientras empezaba a vislumbrarse un tráfico mercantil a gran escala entre Estados Unidos y América del Sur. Lo que parece haber continuado sin grandes alteraciones es el rodeo por España que los norteamericanos aún consideraban necesario para entrar al corazón de Hispanoamérica. En 1920, Federico de Onís—que había llegado de España en 1916 enviado por Don Ramón Menéndez Pidal para que, desde la cátedra de la Universidad de Columbia, dirigiera intelectualmente el nuevo boom del español—recuerda: “Entonces [1914] empezó a desarrollarse, como una fiebre colectiva, el ansia de conocer el español y todo lo referente a los pueblos donde el español se habla. El español era el instrumento para entenderse con ellos y con ellos comerciar. Pero comerciar, si ha de hacerse bien, es una actividad difícil: no basta con conocer la lengua; hay que conocer a los hombres que la hablan, sus gustos, su carácter, sus costumbres, su psicología, sus ideales; para lograrlo hay que conocer su historia, su geografía, su literatura, su arte. Los pueblos hispanoamericanos son hijos de España: hay, pues, que ir a la fuente y conocer a España. De todo este rodeo es capaz la mente norteamericana cuando quiere orientarse seriamente para la acción”.

5

Algo, sin embargo, había comenzado a cambiar irreversiblemente. En 1898 España había perdido la guerra contra Estados Unidos y, con ella, una parte de la preeminencia cultural sobre Hispanoamérica que todavía le concedía el prejuicio norteamericano. En este contexto, Alfred Coester, aconsejado y animado por Jeremiah Ford, su compañero de estudios en Harvard y enseguida cuarto titular de la cátedra Smith, escribe y publica en 1916 su pionera Historia literaria de Hispanoamérica, un manual de 500 páginas que conoció varias ediciones, la última en 1965. La novedad y el éxito de esa historia le valieron en

1920 una cátedra de español en la Universidad de Stanford. La Historia de Coester es sobre todo un síntoma del irreversible desplazamiento de la cultura española por la hispanoamericana, que se empezaba a producir en todo el país, sobre todo en la esfera universitaria. Por una parte, Coester se atiene todavía a los criterios que Menéndez y Pelayo y el Padre Blanco, entre otros, imponían desde España sobre el tema; por otra, el fenómeno entonces reciente del modernismo latinoamericano le permite distanciarse de esos criterios y subrayar la independencia y madurez literaria de Hispanoamérica. Escribe Coester en el prólogo a su Historia: “El juicio de valor que a uno le merezca la literatura hispanoamericana depende enteramente del punto de vista con el que emprenda su estudio. Si la considera una rama o un apartado de la literatura española, llegará a conclusiones similares a las del recientemente fallecido Marcelino Menéndez y Pelayo en su Historia de la poesía hispano-americana. Para él, como español, la exuberancia del verso patriótico americano era no sólo detestable sino mala literatura. En su opinión, sólo tienen valor los productos que se aproximan al estándar fijado por los clásicos españoles”; Coester se permite disentir, por lo menos en lo relacionado con el Modernismo. Como escribiría J. B. Trend unos años más tarde, en el prólogo a una Antología de la poesía española: “la verdad es que, desde los tiempos de Rubén Darío, se ha vuelto imposible dejar fuera a Hispanoamérica”. Coester comenta sobre Darío: “fue un poeta de gran talento que absorbió tendencias y métodos y los soldó en un producto enteramente propio”. Entre tanto, la documentación existente pone de relieve que en las universidades norteamericanas y especialmente en Harvard, bajo la dirección de Ford, se presta cada vez más atención a la literatura hispanoamericana, en gran parte porque se entendía el Modernismo como su entrada en la mayoría de edad y la manifestación más importante de su independencia intelectual de España. En el prólogo a la primera historia del Modernismo, escrita por otro alumno suyo, Isaac Goldberg, y publicada en 1920, Jeremiah Ford reconoce que el Modernismo latinoamericano “mostró que los

6

hijos de América tenían algo propio y de valor que ofrecer a su vez a la madre ibérica [...]. Es hora de que nosotros mismos salgamos de nuestro atraso en la comprensión de este asunto”. Goldberg, mucho más analítico que Coester, escribe entusiasmado sobre Darío: “se le puede comparar no sólo a los grandes poetas que han escrito en lengua española, sino a los maestros de la poesía universal”. Para comprender la audacia de este elogio hay que tener en cuenta que la mayoría de los norteamericanos interesados en la cultura hispanoamericana, incluido Jeremiah Ford, no le habían perdonado a Darío su “Oda a Roosevelt” de 1905.

El tercer momento estelar de esta trayectoria es, en buena parte, el resultado, a más largo plazo, de ese desplazamiento o ese cambio de dirección. Podemos darle también una fecha aproximada—ciertamente entre los años sesenta y setenta; es decir, cuando se ha consolidado la revolución cubana, el Che Guevara se ha convertido en uno de los iconos de mayo del 68 y el famoso Boom (mayormente narrativo) de la literatura hispanoamericana, alcanza en Estados Unidos no sólo un considerable éxito comercial sino una proyección académica semejante a la que había tenido el Modernismo (mayormente poético). Pero se trata, con todo, de un fenómeno más dilatado: desde principios de los años 20—o quizá desde 1916, desde que el dominicano Pedro Henríquez Ureña ocupara una cátedra en la Universidad de Minnesota—las universidades norteamericanas difundieron cada vez más la literatura hispanoamericana en cursos y publicaciones. En la Universidad de Columbia, por ejemplo, Federico de Onís publicó en 1934 su influyente *Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana*, en la que enmendaba decisivamente los criterios de Menéndez y Pelayo. En la Universidad de California en Berkeley, el profesor chileno Arturo Torres Riosco, egresado de Minnesota, nombrado profesor asistente en 1928 y titular en 1936, reclamó cada vez con más intensidad un espacio independiente para la Literatura Hispanoamericana. Dos de sus libros daban inequívoca legitimidad a esa reclamación: su *Antología de la literatura*

hispanoamericana de 1939 y su famoso *The New World Literature. Tradition and Revolt in Latin America*, 1949. Harvard, entre tanto, contaba desde finales de los años 20 con un “Harvard Council on Hispano-American Studies”, fundado por Jeremiah Ford, que publicaba anualmente un volumen titulado *Hispano-American Literature in the United States. A Bibliography of Translations and Criticism*. En 1940, Harvard invitó a Henríquez Ureña a dar las prestigiosas “Elliott Norton Lectures” (conferencias que el año anterior había dado Stravinsky y al año siguiente daría Panofsky). En esas conferencias, publicadas por la universidad en 1945, el profesor dominicano corrige los disparates y omisiones que se habían prodigado hasta entonces en las cátedras americanas, incluida la de Ford. Pero sería sólo en los años 60 y 70 cuando la universidad se pondría a la hora del resto de América: en 1965, Enrique Anderson Imbert, discípulo de Henríquez Ureña, ocupa la primera cátedra de Literatura Hispanoamericana de Harvard; en 1968, Borges imparte las “Elliot Norton Lectures” y en 1970 lo hace Octavio Paz (sólo un español, Jorge Guillén, ha dado esas conferencias, y lo hizo en 1958). A partir de ese momento, se acelera el proceso de desplazamiento de la literatura española por la hispanoamericana. La diferencia con los momentos estelares anteriores es que ahora, por una parte, la cultura española aparecía profundamente ensombrecida por el franquismo, mientras, por otra, la cultura y la literatura hispanoamericanas ya no se inscribían tanto en un contexto de objetivos comerciales y económicos; se identificaban más bien, al menos a primera vista, con la contracultura del 68 y los movimientos de izquierda que se opusieron a los gobiernos de Nixon y de Reagan. Sirva este dato como síntoma: Cien años de soledad se publicó en español en 1967, se tradujo al inglés en 1970 y se convirtió inmediatamente en lectura obligatoria de todos los departamentos de español; su autor, en cambio, fue declarado entretanto persona non grata en los Estados Unidos, y permaneció así hasta que Bill Clinton levantó la prohibición en los años noventa.

Entre las últimas décadas del siglo XX y la primera del siglo XXI esa



trayectoria ha adquirido mayor fuerza y nuevos matices. En los grandes departamentos de lenguas y literaturas románicas de los Estados Unidos, las secciones de español se llevan la parte del león, al menos cuantitativamente, seguidas, cada vez a mayor distancia—distancia numérica, que no intelectual—, de las secciones de francés. En las secciones de español los intereses y los números cantan a favor de la literatura y la cultura latinoamericanas. He aquí, para concluir, un botón de muestra: en 1988, la sección de español de Harvard tenía dos profesores de literatura hispanoamericana, titular el uno y asistente el otro, mientras había dos de literatura peninsular contemporánea, otro de medieval y otro de siglo de oro. En 2008 y en la misma sección, la literatura hispanoamericana contaba ya con cinco profesores que se ocupaban de todas las áreas históricas y geográficas del campo—desde el Cono Sur al Caribe, desde la literatura colonial hasta la más contemporánea—pero que resultaban a todas luces insuficientes para atender a los numerosos alumnos interesados en la materia. En esas dos décadas han surgido y se han consolidado otras especialidades académicas que no sólo multiplican la oferta de lo latinoamericano sino que borran o modifican las viejas fronteras disciplinares y departamentales, tan características de la universidad tradicional: *Transatlantic Studies* y *Latino Studies* son quizá las dos más características. Y, así, la historia continúa.

9

Luis Fernández Cifuentes

Profesor “Robert S. and Ilse Friend” de Lenguas y Literaturas Romances  
y Profesor del *Harvard College*  
Universidad de Harvard